

guiente, no quiso convenirse con Julio, y Julio aceptó la liga de Cambray.

Uno de los artículos de este tratado decía que el rey de Francia había de dar principio á la guerra. Varios incidentes le impidieron pasar los Alpes con la prontitud que deseaba y que promovía el Papa con mas empeño que otro alguno; pero luego que atravesó los montes, la toma de Treviglio y la prision del noble Justiniano Morosini, que era el gobernador de la plaza, las correrías de las guarniciones francesas de Lodi, Lodi y Plasencia, y el destrozo que hicieron hasta las mismas puertas de las mejores fortalezas de la república anunciaron á larga distancia la presencia de un enemigo terrible. Solo esperaba Julio II el estruendo de la artillería de los franceses para fulminar los rayos del Vaticano. Al momento espidió un monitorio coneshido en los términos mas terribles, pues intimaba en él á los venecianos que reparasen sus malversaciones y atentados en el espacio de veinte y cuatro dias, y que restituyesen los territorios que habían usurpado, como tambien los frutos percibidos, pena de entredicho y de quedar autorizado cualquiera para apoderarse de sus bienes, y reducir á los mismos venecianos á la condicion de esclavos, sin que se les pudiera dar auxilio ni asilo, so pena de incurrir en las mismas censuras (1509). Pero el senado apeló del Papa al concilio, como lo habia hecho en otras ocasiones. Luego que Julio tuvo noticia de esta apelacion, la condenó por otra bula, en la que confirma la de Pio II, que prohibe tales apelaciones.

Entretanto los franceses, despues de haberse apoderado de algunas plazas nuevas, y de haber dado algunos combates particulares, procuraron reducir al enemigo á una batalla campal. Pasaron el Adla casi á su vista, sin que tratase de disputarle el paso. Pero hallándose en una posicion muy ven-

tajosa el ejército de Venecia, que constaba de cuarenta mil hombres, y no teniendo el rey mayor número de tropas, creyó que no debia aun acometerle: y hubo algunos generales franceses que fueron de dictámen que era necesario esperar para esto la llegada de las tropas imperiales. No obstante, habiendo obligado á los venecianos á salir de sus atrinchamientos, insultando algunas de sus plazas, se arrojaron los franceses sobre la retaguardia, é insensiblemente fué haciéndose general el combate. Al principio tuvieron los venecianos alguna ventaja, y esta mismo fué la causa de su derrota. En el primer choque arrolló su infantería á la francesa, y se lisongeaba ya con la esperanza de una victoria completa; pero la artillería de los franceses, que estaba oculta entre unas malezas, hizo un fuego tan terrible que desbarató en un momento las huestes enemigas. La caballería, que aun no habia entrado en batalla, se precipitó entonces entre aquella confusion y desórden, haciendo tan terrible estrago, que solo pensó el enemigo en huir del campo fustigado en que dejaba ocho mil muertos. Su general, el célebre Albiani, fué derribado del caballo, perdió un ojo de una lanzada y quedó prisionero (1). Los oficiales mas distinguidos que lograron salvar la vida, perdieron tambien la libertad. Toda la artillería y bagages cayeron en manos de los vencedores, los cuales no llegaron á perder quinientos hombres y ni un solo oficial de graduacion. Este fué el éxito de la memorable jornada de Agnadel, llamada así por razon de la aldea en cuyas inmediaciones se dió el dia 14 de mayo del año 1509. Viéndose vencedor Luis XII, se apeó inmediatamente del caballo, y se postró en el campo de batalla para dar gracias al Dios de los ejércitos. Poco despues mandó construir en el

(1) Guicc. l. 8. n. 19. — VII. ann. 1509. lib. 8.

mismo parage una capilla dedicada á la Santísima Virgen, con la advocacion de Santa Maria de la Victoria; monumento respetable de la piedad del hijo primogénito de la Iglesia y tan respetado en efecto, que subsiste todavía.

Habiendo perseguido el rey á los fugitivos hasta muy cerca de Venecia, mandó disparar sobre esta plaza quinientos ó seiscientos cañonazos al aire, ó de modo que hiciesen poco daño; pero bastó esto para llenar de consternacion á toda la república. Brescia, Bérgamo, Cremona y las demas ciudades que se habian cedido al rey por el tratado de Cambray, no esperaron á que se las intimase la rendicion, antes bien llevaron casi todas ellas á toda priesa la llaves al vencedor y fueron á implorar su clemencia. Pesquiera, que se atrevió á resistir, fué tomada por asalto y se espieron en ella las barbaries cometidas en Treviglio por sus usurpadores. En diez y siete dias recobró el monarca francés todas las ciudades pertenecientes al ducado de Milan (1).

No pararon aquí las pérdidas de la desgraciada república. Despues de haber fulminado Julio II sus anatemas, puso en campaña un ejército que se apoderó de Ravena, de Rimini, de Gervia, y generalmente de todas las plazas usurpadas á la Iglesia. Cardona, virey de Nápoles, hombre inepto y tan apocado, que Julio le llamaba siempre Madama Cardona, no dejó por eso de recobrar todas las plazas y territorios que habian sido antes de aquel reino. Acobardados los venecianos, luego que puso sus tropas en estado de pelear, redujeron sus pretensiones á las islas y puntanos de su golfo, y enviaron órdenes formales á los gobernadores de Otranto, Brindis, Trani y de todas las plazas de tierra firme situadas en aquel pais, para que las entregasen á los

españoles sin hacer ninguna resistencia. Por fin, se apoderó de Trieste el emperador con muy pocas tropas, sin disparar un cañonazo y volvió á ocupar todas las plazas del Friul. Entre la multitud de principes ó señores de Italia, fueron muy raros los que no consiguieron una satisfaccion efectiva de los agravios reales ó supuestos de los venecianos.

Se hallaba Venecia en el último apuro, y todos insultaban sin temor á aquel león moribundo; pero la salvó el esceso mismo de su desgracia. En el momento en que iba á dejar de existir la primera república de Italia, se estremeció Julio II al preveer las consecuencias de aquella catástrofe: porque los tres grandes Estados, con quienes habia hecho causa comun, iban á adquirir en la Italia una preponderancia que acabaria con todas sus pequeños soberanos. Estaba disgustado el Papa principalmente con Luis XII, y mucho mas con el cardenal ministro que le habia disputado la tiara, por lo que toda su vida le miró como un rival formidable. Por lo demás, ya habia recobrado todas las posesiones de la Santa Sede y no pretendia ya ninguna parte de los despojos de Venecia. Los venecianos, que se veian sin fuerzas, sin valor y sin mas recurso que la política ó la astucia, tomaron el partido de abandonarse á la discrecion del Papa. La potencia de Italia que menos caso hacia de los rayos del Vaticano, como lo habia manifestado poco antes, dió la mas humilde satisfaccion á Julio II, el cual les concedió la absolucion y les hizo firmar las condiciones que tuvo por mas convenientes, siendo inútiles las representaciones que muchos de sus primeros aliados le hicieron acerca del artículo de Cambray en el que se decia terminantemente que ninguna de las potencias coaligadas entraria en negociaciones sin el concurso de las demas.

Sin embargo, este paso de Julio II es

(1) Brantom. Elog. de Luis XII.

apreciado de muy otro modo por el continuador de Fleury, autor que seguramente no será acusado de ser favorable á la Santa Sede. Luis XII, dice (1), se esforzó particularmente en impedir la reconciliación del Papa y de los venecianos (a); pero cuando legó Carpi, su enviado en Roma, halló las cosas mas adelantadas de lo que esperaba, pues Su Santidad habia dado ya su palabra acerca de la absolución de los venecianos. Eran entonces muy temidos los turcos en Italia (1510), donde se tenia todavia muy presente la toma de Otranto por Mahomet II, y el Papa temia hiciesen una irrupción en los dominios de la Iglesia. Los venecianos por su parte exageraban este peligro para hacerse mas necesarios, y cuanto mas miedo infundian de los turcos, mas apreciables se hacian ellos á los demas. Persuadido Julio II de que ellos solos podian detener los infieles al otro lado del golfo Adriático, ó rechazarlos si aquellos bárbaros abanzaban con una escuadra, no queria destruirlos, y con esta mira entró en negociaciones con la república. Fundábase para ello en dos conjeturas: la primera, que no habiendo él exigido primeramente mas que la supresión del vidamiato de Ferrara y el descargo de sus súbditos acerca del impuesto del comercio del mar Adriático, se contentaria con esto; la segunda, que habia estado unido estrechamente con los venecianos durante los cuarenta años que habia sido cardenal, que sus Estados le habian servido de asilo antes que pasase á Francia, y que los senadores que mas particularmente le habian conocido le tenian por generoso y agradecido.

Mientras que el rey Fernando estaba

(1) Lib. 124.

(a) Si esto lo hubiera hecho el monarca español cuántas veces nuestro historiador le habria llamado de nuevo «el pérfido aragonés!» Pero lo hacia Luis XII, y así no es extraño que economice esas calificaciones odiosas de que tan prodigo es contra el rey Católico.
(N. del E.)

ocupado con la guerra de los venecianos, le comunicó Gimenez un proyecto de conquista en Africa, que le habian presentado con planes exactos de todas las plazas marítimas que ocupaban en ella los moros (1). El rey alabó el proyecto, pero dijo que era necesario esperar ocasión para ponerle por obra. Gimenez, que era incapaz de proponer ninguna cosa intempestivamente, lo habia considerado todo con su gran perspicacia antes de determinarse á manifestar sus intenciones; y viendo que no era bien recibido su pensamiento, ó á lo menos que no se ejecutaba con la brevedad que él queria, tomó por su cuenta la empresa, y solo pidió la aprobación del monarca para atacar á Orán en el reino de Argel, que era la plaza donde veía que las armas españolas podrian cojer mas laureles. Consintió Fernando, aunque con mucha tardanza y recelo, por parecerle muy arriesgado el proyecto, y además con la condicion de que si salia mal la empresa, no podria reclamarle Gimenez de Cisneros nada de los gastos que para ello hubiese adelantado. No podia menos el rey de estimar á su ministro, ni de tratar con distinción á un hombre tan necesario, y en prueba del particular aprecio que le merecia, le consiguió el capelo con el título de cardenal de España, cuyo honor no tenia mas que un solo ejemplar desde el establecimiento de la monarquía, y le dió el empleo de inquisidor general, superior en cierto modo al cardenalato por razon de sus derechos y privilegios y que sobre sí solamente tenia al trono. Pero en el fondo no le amaba: su carácter no podia simpatizar con la rigida é inalterable probidad que caracterizaba á Cisneros, y aun tenia una baja envidia de él que en mil ocasiones dejó traslucir á través de los velos de su profunda disimulación.

(1) Vid. Ximen. per Gomez, l. 4; Mariana, l. 29; Ciacon, t. 1, p. 380 etc.

Cisneros aparentó no apercibirse de ello y marchaba derechamente á su objeto; aceptó sin vacilar la condicion que el rey le imponia de tomar sobre sí todos los gastos de la expedición, pero exigió á su vez que si lograba el objeto que se proponia, habia de considerarse la ciudad de Orán como propia de la iglesia de Toledo, la cual percibiria todas sus rentas hasta verificar el total reintegro de lo que le hubiese costado la conquista. No hubo dificultad en acceder á una solicitud tan razonable, y solo se trató ya de proceder á la ejecución. Todo lo suministró Gimenez, excepto los navios y galeas, porque quiso el rey contribuir por su parte con este auxilio. Los grandes no le eran menos opuestos que el rey y los mas moderados trataban su proyecto de quimérico y extravagante; pero el pueblo, que estaba enteramente decidido á su favor, la nobleza ordinaria y los eclesiásticos le ensalzaban hasta las nubes. Ya veian á la España en posesión de las dos orillas del mar, su comercio libre y floreciente en todas las costas, los moros agobiados con las cadenas en que por tanto tiempo habian hecho gemir á los españoles, y el cristianismo restablecido en aquella parte del mundo donde estuvo tan floreciente en otro tiempo. Bastaba esta sola empresa, segun pensaban ellos, para inmortalizar á su autor, aun cuando no tuviese el éxito deseado. Animados de estas disposiciones, contribuyeron todos á proporcion de sus facultades, quién con dinero, y quién sirviendo personalmente en la armada. En particular el cabildo de Toledo mostró tanto celo en promover los designios de su arzobispo, que muchos canónigos vendieron hasta la vagilla de plata y los ornamentos propios de que se servian en la iglesia. De este modo se puso Gimenez en estado de sostener la guerra todo el tiempo que fuese necesario para realizar su proyecto, además de que podia destinar á este

fin las cuantiosas rentas de su Silla y los sueldos de todos sus empleos. Pero tuvo que luchar con Pedro Navarro, que mandaba bajo sus órdenes la armada de que el mismo Gimenez era general en jefe. Este soldado aventurero, de tan oscuro nacimiento, que no tuvo otro nombre que el del país en que habia nacido, sin educación, sin ningun respeto, y deslumbrado con el realce que le habian dado las armas, no podia llevar en paciencia el verse subordinado á un eclesiástico, y llegó su furor al extremo de amotinar el ejército contra el mismo que le habia levantado. La moderación y destreza del cardenal Gimenez en estas circunstancias delicadas son quizá la mejor prueba de la firmeza de su carácter y de los recursos de su ingenio, en medio de tantas acciones brillantes como ilustraron su vida. A pesar de estos tropiezos y dificultades, se dedicaba constantemente el piadoso prelado, ya por sí mismo, y ya por medio de un gran número de eclesiásticos y de religiosos ejemplares que se habia asociado, á merecer la protección del cielo, inclinando á los soldados á reconciliarse sinceramente con Dios en el Sacramento de la confesión, y tuvo la complacencia de saber que habia comulgado la mayor parte de ellos.

Salieron por fin de Cartagena, y al dia siguiente, que fué el de la Ascension, descubrieron las costas de Africa. Tuvieron la felicidad de entrar de noche en el puerto de Mazalquivir, desembarcaron al momento, ocuparon todo el terreno necesario para las evoluciones, y se formaron las tropas en batalla. Al rayar el dia, quedaron sumamente sorprendidos los moros que ocupaban las alturas inmediatas de ver al ejército cristiano marchar en buen orden contra Orán, que no distaba mas de una legua, pues jamás hubieran creído que se intentase entrar de noche en un puerto herizado de es-

collos. Sin embargo, se tranquilizaron con la confianza que les inspiraba el considerable número de sus tropas, avanzaron con el mismo orden que sus enemigos, y fueron á apostarse á una altura que habia entre el puerto y la ciudad. Pusieron en movimiento los cristianos despues de haber dejado en el fuerte de Mazalquivir al arzobispo de Toledo, para lo cual fueron necesarias las mas eficaces instancias, porque queria él acompañar al cuerpo de batalla para animar á los combatientes, y ya que no iba él, mandó que llevasen delante de su ejército su cruz episcopal, y que se pusiese igualmente en las banderas la señal de nuestra salvacion, para recordar de continuo á los soldados que el Triunfador de las potestades infernales iba tambien á disparar sus ministros. Cedieron en efecto los moros, y fué muy grande su consternacion al ver que un destacamento del ejército cristiano se habia apoderado desde el principio de la batalla de una puerta de Orán, mediante una inteligencia secreta que se proporcionaron en la plaza. Cogido por todos lados el ejército de los infieles, huyó su caballería á rienda suelta, y quedando abandonada la infantería, hicieron en ella los cristianos una carnicería horrible. Quedaron mas de cinco mil hombres en el campo de batalla, sin contar los heridos y prisioneros, que fueron muchos mas. Aseguran los historiadores que el ejército de Gimenez no perdió mas de treinta hombres. Una parte de él siguió el alcance á los fugitivos y les mató mucha gente, y otra marchó á Orán, para acabar con la resistencia que hacian todavía algunos habitantes desesperados, la que solo sirvió para consumar su ruina. Todos fueron pasados á cuchillo, hombres, mugeres y niños, á escepcion de ocho mil que quedaron en clase de esclavos, y de cuatro mil fugitivos que se retiraron á Tremezen. Se puede formar juicio de la estension y poblacion

de Orán por el número de sus tiendas, que llegaban á mil y quinientas, esto es, mas de las que puede haber (dice un historiador contemporáneo) en tres ciudades de las mejores de España (1). Esta plaza, que era entonces la mas importante de toda el Africa, permaneció en poder de los españoles, hasta el año 1708 y hoy forma parte de las posesiones francesas (a).

Es indecible el gusto que recibió el rey Fernando cuando supo el feliz éxito de esta empresa, la cual habia antes calificado de quimérica, pues si habia consentido en el proyecto del cardenal habia sido para alejar á este y humillarle. En una carta que eayó en manos de Cisneros, escribia Fernando al general Navarro lo siguiente: «Impedid que el buen hombre pueda volver presto á España; en cuanto sea posible, es menester dejarle que vaya consumiendo su salud y su dinero.» Tal fué el carácter del rey de España que obtuvo el título de Católico (b); bien que

(1) Gr. Junil.

(a) Dice un historiador que los españoles tuvieron que abandonar en los últimos terrenos, que la dejaron casi enteramente arruinada, y en los que perecieron muchísimos españoles. (N. del E.)

(b) Es ya hasta fastidioso haber de protestar tantas veces contra la sña ó injusticia con que á cada paso trata nuestro historiador á Fernando el Católico. Es verdad que tuvo sus defectos, que le aventajaba sobremedera en bondad la augusta Isabel, á la que tan justamente alaban todos, porque es digna del mayor elogio; pero de esto á calificarle siempre con duros epítetos y las calificaciones mas injuriosas hay inmensa distancia; tanto mas inmensa cuanto infundadas son los motivos que se alegan, especialmente si se coteja la conducta de Fernando con la de otros monarcas y personajes de aquel tiempo, en cuyo vituperio es tan parco nuestro autor como prodigo contra Fernando.

Viniendo al asunto que motiva estas líneas no todos convienen en que tal fuese el contenido de la carta del rey á Navarro: pues Alvaro Gomez de Castro, que parece debia estar mejor informado, dice solamente que el rey escribió á Navarro detuviéndose algun tanto á Cisneros en Africa, mientras su presencia fuese necesaria allí; pero que Cisneros, siendo ya anciano y de humor tórico sospechó fuese en perjuicio suyo esta disposicion del rey: *Recigitur per litteras Navarro mandabat ut tantisper Ximenium a trajiciendo averteret, dum ejus presentia rebus agendis necessaria foret. Id homo senex et ob atram bilem suspiciosus in suum dñm et perniciem tractari creditit...* (lib. 4). Cisneros se embarcó al fin para España

Luis XI de un carácter semejante al de Fernando, fué quien obtuvo el título de rey *Cristianísimo*. Sin embargo, Gimenez volvió á España luego que dejó arregladas todas

el 23 de mayo de 1509 y en el mismo día llegó á Cartagena; es decir, á los siete dias de haber salido de este mismo punto con la escuadra para ir á la toma de Orán. Cisneros á su regreso se embarcó en una sola galera, sin escolta y sin aparato, para demostrar la seguridad con que se navegaba por aquellos mares, antes tan espuestos á los ataques de los piratas, y solo traía consigo algunos criados, unos esclavos moros con camellos cargados de piezas de oro y plata que habia separado del botín y destinado al rey junto con una coleccion de libros arábigos de astronomia y medicina para la biblioteca de Alcalá. Sobre si contribuyó ó no el rey Fernando á los gastos de la conquista de Orán, el Sr. Lafuente cree que sí, y al efecto aduce los siguientes párrafos del asiento ó convenio que el rey y el arzobispo hicieron en 29 de diciembre de 1508; asiento que se halla en el archivo de Simancas (contadurias, 1.ª época, legajo 201) y del cual dice la toma: «Lo que nos (principia) el rey é cardenal de España, arzobispo de Toledo, asentamos é concordamos sobre la guerra que plasiendo á Dios nuestro Señor se ha de facer este año contra los moros, enemigos de nuestra santa fé católica es lo siguiente:—Primeramente que vos el dicho cardenal plasiendo á nuestro Señor vais en persona á entender en la dicha guerra de allende, y para ello yo vos mandaré dar todos los poderes que sean menester y convengan, y asimismo enviaré una persona ó dos del Consejo ó alcaldes para que despues de vos partido con el ayuda de nuestro Señor estén en la costa para mandar proveer en las cosas necesarias con poder asimismo bastante, de manera que haya entero recabdo é proveimiento para las cosas de la dicha guerra.—Otro, por cuanto para la dicha guerra es menester dineros para el sueldo de la gente é mantenimiento é flates, lo cual vos el dicho cardenal habeis de dar é prestar... que vos el dicho cardenal pongais un pagador... etc. Yo por la presente vos prometo é aseguro por mi fe é palabra Real que todo lo que gastáredes ó espenderedes en la dicha guerra en la forma susodicha; que vos será muy bien pagado en la manera siguiente. Que todo lo que se cobrare é oviere de la dicha Cruzada é subsidio que está mandado cobrar así en estos reinos de la Castilla como en todos mis reinos é señorios se vos dará y pagará realmente é con efecto todo lo que así hubieredes dado y gastado de lo primero que se cobrare y recibiere despues de pagados los bastimentos é provisiones....—Otro, que yo procuraré con nuestro Sancto Padre que todo lo que se tomare ó ganare del reino de Tremezen sea en lo especial sufragáneo de la iglesia de Toledo, é asimismo que en la ciudad de Orán se haga una iglesia colegial, la cual sea unida en la dicha iglesia de Toledo para que igualmente puedan residir en cualquiera de las dichas iglesias los canónigos é dignidades é beneficios los dallas, ó de la manera que lo dispusieredes.—Otro, yo el dicho cardenal de España, arzobispo de Toledo, prometo é me obligo de dar é pagar... etc.»

Parece, sin embargo, que despues algunos enviados del cardenal quisieron disuadir al rey del cum-

las cosas en su conquista, sea por que no hizo caso de la carta de Fernando, sea por que le pareciese que no estaba bien un obispo al frente de un ejército, aun cuando fuese con el título de defensor de la patria y de la Religion. Contento con haber triunfado á pesar de todos los obstáculos, y temiendo tal vez cansar á la fortuna, previó por otra parte, que si Pedro Navarro quedaba general en jefe, redoblaría su ardor en una expedicion, cuya gloria seria ya en adelante para él solo: y en efecto, no se engañó en su modo de pensar, porque aquel capitán, en quien competia la habilidad con la aspereza y desabrimiento, se apoderó de Bugia y de Tripoli, é hizo tributario el reino de Argel (1510).

La guerra de Africa, hecha por cuenta y riesgo del cardenal Gimenez de Cisneros, no ponía obstáculo alguno á los del rey Fernando contra los venecianos; pero este príncipe cuyo móvil era únicamente el interés (a), y que despues de haber recobrado

plimiento del anterior convenio, alegando que Cisneros habia sacado del botín y saco de Orán mucho mas de lo que habia gastado en la conquista; tomó el rey varias informes, y á su vez el cardenal replicaba con sobra de razón, que nada habia recogido para sí del botín sino algunos libros arábigos y algunas otras curiosidades destinadas á la biblioteca de Alcalá, ni traido otra riqueza que la parte correspondiente al rey; que del dinero anticipado para la expedicion tenia que dar cuenta á su iglesia, y concluía proponiendo que si el estado de los negocios públicos no permitia sacar cantidad alguna de las tesorerías, cediese el rey á los arzobispos de Toledo el dominio de la ciudad de Orán en indemnizacion de la deuda, que él y sus sucesores renunciarían. Sometiéndose al Consejo este asunto; y por último, el rey determinó satisfacer al cardenal sus anticipos, dióle estas gracias y sin mostrar resentimiento por la conducta de su soberano, siguió, dice Lafuente, respetándole y sirviéndole como antes. El total de lo gastado en la toma de Orán, segun las cuentas que copiadas de las originales existen en el archivo de Simancas, ascendió á 30.639.839 (2 mrs. (N. del E.)

(a) Vuelve nuestro autor á zaherir á Fernando; no parece sino que ninguno de los aliados atendia á sus propios intereses sine el rey católico. Nuestro historiador se olvida de lo que mas arriba ha dicho de lo que Luis XII se oponia á la reconciliacion de los venecianos con el Papa; se olvida de que Luis XII hizo liga con el Papa y el rey de España contra los proyec-